

Resistiendo la cuarentena (2020)
Gerardo Buendía

[Serie para ERRR Magazine]

1.

Paquito es un joven de diecinueve años, con una vida simple y una mirada melancólica. Su rutina comienza temprano. Se levanta él alrededor de las cuatro, desayuna cereal —cuando se puede— y se prepara para ir a la universidad, tomar una clase aburrida, y regresar a su casa hasta las diez de la noche, cuando su familia ya se encuentra en pijama a punto de descansar.

Todas las mañanas, al salir de casa, él observa el adoquín malgastado de la calle, pensando que un día encontrará allí una buena reflexión, cuya fuerza pudiese compartir con sus colegas ingenieros o con sus sueños etéreos, o quizás con algún buen amor. Hace unos días vio en una grieta la respuesta a un problema de cálculo. Misma que le llevó a dudar de sus profesores y de sus viejas dinámicas. Hasta hace poco, también, a Paquito se le encontraba en la biblioteca de la facultad, a veces leyendo un libro, otras simplemente dialogando con su voz interior. Sus clases comienzan a las siete —si acaso hay— y terminan por eso de las once o doce, dependiendo la semana. Después, asiste a trabajar en una diminuta cafetería, dónde es mesero y cocinero. Asiste allí con el único fin de pasar el rato, de diluir su propia y taciturna realidad.

Conmocionado por los acontecimientos recientes, Paquito se lamenta ahora de pasar la cuarentena en su casa —la de la fachada rosa y portón herrumbrado—. Desde los dieciséis, su familia le ha dicho que debe trabajar ya en una fábrica, aportar al gasto del hogar. Un par de ocasiones ha peleado con su madre quien, entonces, optó por correrlo, para luego rogarle que volviera después de unas semanas, porque él era el único que sabía cómo reparar la cañería del fregadero, sin cobrarle ni un céntimo.

Antes de cada periodo vacacional, Paquito se apoya de una de las computadoras que puede tomar prestada de su escuela para buscar en la web algún trabajo. Una vez fue chofer de Uber con el automóvil de su tío del gabacho. Alguna vez, también, le tocó ser officeboy en una gerencia de seguros, ayudante de un maestro albañil e incluso barrendero. Hoy su suerte es distinta, sin embargo, infortunadamente. No ha tenido ni tiempo ni las condiciones para encontrar un empleo que lo mantenga lejos de su padrastro mecánico y sus ademanes alcohólicos, porque el COVID-19 ha producido ciudades desérticas, situaciones inciertas, con gente volcada a convivir por salud, por obligación, o por ambas.

Han pasado ya seis días de una cuarentena que parece durará más de tres meses, objeta. En esos días, Paquito ha leído Seda —una novela que le regaló una amiga en su cumpleaños—; ha avanzado con su proyecto escolar, hasta donde ha podido, pues consta de elaborar una pieza de fierro fundido y de mecanografiar los avances en un formato de Excel del que no dispone. Sale él de su recámara para comer a veces o para pasear a Rocky —el bulldog negro de su hermano—, en un trayecto largo por su barrio, en cuyos caminos saluda a algunas vecinas y asimismo cavila en su íntima autenticidad.

Durante las primeras noches, no pudo él dormir, meditaba en sí ocupar sus ahorros para comprarse un smartphone o si debía, mejor, contratar un servicio de internet y una laptop a pagos. O si debía pedirle prestada a otro de sus amigos raperos, con quienes hace calistenia. Pasados los minutos, también se planteó ahorrar otro poco

para construir una cisterna en su casa, luego de la crisis, para así enfrentar los embistes del municipio que usualmente corta el suministro de agua sin dar aviso.

Hace unas horas él y su padrastro casi pelean a golpes. Él le ha contado lo peligrosa que es la fase dos de la pandemia, aprovechando el momento para insinuarle que debe limitar su consumo de cerveza y de pulque. No obstante, su padrastro le ha respondido con una llave Stillson en mano, tajante, que él debería trabajar y dejar de escuchar tonterías del gobierno y de los sistemas capitalistas, que su deber es reparar la lavadora, resanar las paredes, ayudar a sus hermanos con la tarea, jugar con ellos. Le ha dicho, inclusive, que él se parte el alma en su chamba para poder alimentarlos, sin saber que la comida que come y disfruta desde hace unos días, ha salido de los bolsos pequeños de Paquito García.

2.

Hacía home office en su recámara cuando meditó sobre el pasado, en la infancia, en los tantos sueños que quedaron grabados en el papel, en la rareza de una efímera y digital distancia. Al meditar sobre el tiempo, inmediatamente dejó a un costado la computadora y el lápiz, incluso salió de la clase online en la que estaba. Entonces, sin advertirlo, pensó en Natalia, en sus ojos negros y su sonrisa pasajera, en los tantos momentos que pudieron pasar juntos y en los otros tantos que olvidó disfrutar a su lado, de la mano, con las risas, abrazados, enamorados.

Tras colocarse sus auriculares y reproducir una canción taciturna que apagase sus pensamientos, de sus ojos salieron tres lágrimas que mojaron sus raros apuntes. Al entrever esas gotas en la hoja, con la tinta disolviéndose, recordó él su primera cita, y su último viaje. Imaginó su voz pausada, articulada. Revivió sus frases. Que desgracia ha de ser terminar una relación así, se dijo en voz baja. Sobre todo, en días donde no se puede salir de casa y donde las videollamadas son la mejor —o peor— vía de comunicación.

Ella no responde ahora sus largos mensajes. Y él busca un lugar dónde estar triste, dónde pueda caer, flotar, desaparecer, así tan de pronto. La penúltima vez que hablaron, ella le contó que ya nada era como antes, que no sentía esa inicial pasión y que los besos sabían a ayeres distorsionados. Como si eso fuera un sabor. Él está seguro de que ella lo quería. Él la quería. La quiere —o la ama—. O quizás sólo querían ellos habitar una poderosa imposibilidad, cuya congregación construyese futuros no aptos para su cariño, tan inocente, de preparatoria. Como sea, lo importante... ¿Qué es lo importante? Hace ya rato que quiere él llorar, vaciarse, pero no puede. En la estancia están sus padres, en el otro cuarto están sus dos hermanas. Su casa es pequeña y los vecinos escuchan siempre todos los llantos a través de las fibras de los muros rojizos. Casi transparentes.

¿A dónde va uno para sentirse frágil? Se pregunta constantemente una y otra premisa, mientras choca su palma contra su frente. En esta cuarentena tan sólo deambula él de la cama a la cocina, pensando en las noches que salía a beber un trago o a vagar por la ciudad, acompañado de un tierno olor a miel de cabellos rizados. Se lamentó, al cabo, mientras oteaba una imagen en un sitio web, dónde la melancolía inundaba su existir y fingía explorar la materialidad de esos paseos llenos de azar.

Tras unos minutos de desidia, advirtió que se le habían caído ya otro par de gotas, cuya lentitud propició un silencio mediador, pero también afanoso. Escucha él una canción que le recuerda a un deseo y a un momento exacto de la semana pasada. Sus padres miran una película noventera, entretanto sus hermanas charlan de series policíacas y ríen alto. Quizás deba él bañarse para que ese candor del agua caliente se camufle repentinamente con todo su dolor y le ayude a llenarse con un inexistente presente.

Ha recordado asimismo que una buena forma de disimular la tristeza es mirar una película dramática o leer una novela de amor, para así excusarse, aseverando que uno siente con sus fibras la narrativa completa, cuando en realidad sólo puede verse él reflejado en aquel desamor. Como si esas historias fueran suyas y de ella. Más íntimas. Casi como si extrapolaran sus dudas y las colocaran con una excelente producción frente a su mirada tan cansada, por decir, abrumada de desilusión.

3.

Anteayer por la tarde, el señor José Luis se enteró que la fase tres de la pandemia por el COVID-19 había comenzado. Asustado por las cifras que el noticiero le comunicó, le dijo a su mujer que quizás ese invento del gobierno podría ser paradójicamente verdadero. Tan cierto como el desamor que enfrentaban ellos ya de por sí. Por fortuna, hablaron esa noche hasta tarde, bajo la tenue luz de la lámpara, con la televisión aún encendida, escuchando una voz que vendía un colchón increíble a un precio inigualable. Se susurraron que se amaban. Entonces, sin mayor preámbulo, durmieron abrazados, pensando que el mañana sería terriblemente más agradable.

La madrugada siguiente, ambos se levantaron con cierta premura y cierto desconcierto. Charlaron del hijo del vecino —quien se fue de su casa tras una pelea con su madre—. Minutos más tarde, el señor José Luis se vistió con su uniforme de gala, recién planchado, convencido de decirle a su jefe que debían actuar de algún modo ante tal contingencia. Seguramente habría recordado sus seis años en la empresa, mientras esperaba el metro llegar, acompañado de una multitud de almas que, como él, soñaba con quedarse en casa alguna jodida vez. Como decían los anuncios. Como decían los hashtags —o algo parecido.

Como jefe de mantenimiento, encargado de supervisar además la mayoría de las actividades, discutió con su jefe sobre lo indispensable que puede o no ser la agencia de transportes para la sociedad en general. Por supuesto, su jefe, meditabundo y casi enojado, le exhortó a no preocuparse. Y a dejar de hablar por los treinta y cinco trabajadores que tiene a cargo, porque no hay necesidad ni tampoco urgencia. «De los trece camiones que salían, ahora saldrán dos», escuchó decir. En ese instante, más apretujado que certero, él no respondió. Simplemente lo miró a los ojos, tratando de comprender todas sus inquietudes. Sobre todo, las más superficiales. Las mismas que le aterraban desde que era adolescente.

Luego de charlar con su jefe, se quedó en su cubículo cavilando en su familia: su esposa y sus tres hijos. Incluso llegó a calcular el número exacto de sus ahorros cuando atisbó a lo lejos a su chalán disculparse con su madre vía telefónica. Del mismo modo, entrevió sus papeles sueltos sobre el escritorio y suspiró con ahínco. Muchas deudas. Eran esos los días más reflexivos, pero también más taciturnos. Sin mucho que hacer, navegó en la web para entretenerse, por tanto. Pensó que quizás ir a la oficina sólo servía para alejarse de casa, para desaparecer por un rato de esos que dura una vida poco memorable.

Tras un día de dimes y diretes con los titulares de la mañana —y de hablar con su equipo de trabajo fuera del horario laboral—, el señor José Luis habló con su mujer sobre carácter y compromiso social, de lealtad y de amistad. Se besaron pausadamente. Como cuando la primera ocasión. Una vez acabado el tierno desboque, él precisó que tal vez su jefe carece de cierta consciencia colectiva y que no hay necesidad de asistir a la oficina. Piensa, claro, que, ante tal reducción de demanda, sus trabajadores podrían fácilmente rolarse turnos en la semana, para de esa manera descansar algo. Su esposa, quieta y siniestra, se limita a escucharlo. Casi como si viera ante sus ojos a un hombre que no había visto nunca antes, lleno de valentía y liderazgo.

En efecto, el señor José Luis se armó de valor el otro día para hablar con su jefe y discutir si era el caso. Y aunque su fuerte no eran los números, había analizado las estadísticas de productividad, para convencer a su jefe de que había que hacer algo, reducir incluso los salarios, rolar turnos, e ir pensando en algún plan de respuesta ante la pandemia; uno que asegurase a los trabajadores quedarse en casa a resistir la contingencia de una forma solemne. Había hecho él también un estudio: si reducían el veinticinco por ciento a los salarios, podían librar ese mes que quedaba ahí flotando, y de esa manera compensar a quienes ganaban por viaje o comisión o a los becarios.

«Nada de nada», dijo su jefe en la plática, seguido de un aviso con respecto a una reducción del cincuenta por ciento y un par de despidos que él no previó. «También lo he pensado, señor Gómez, que debe hacerse algo. Pero no puedo arriesgar los pocos ahorros de la empresa. Son tiempos inciertos y estamos al margen de la ley. Pero, eso sí, nadie descansa, prefiero que hagan aquí uno de esos cursitos en línea o poca cosa, a que vayan a casa como si fueran vacaciones». No eran vacaciones, pensó él. Ni tampoco un invento de las mafias financieras, como escuchó decir a su jefe por teléfono una vez.

Después de firmar su renuncia —en un papel tricolor— y de meditar de nuevo en sus ahorros para salir del mes, se dirigió a casa más temprano de lo habitual. Sin saber que sus tres hijos habían ido a visitar a la abuela, sin su permiso; ni que su esposa, con esa misma seriedad y agonía con que lo observaba a él, estaba en la cama del vecino, a punto de revelar por octava vez su intimidad y su quehacer. Dudó él de tomar el metro de la ciudad, pero también de denunciar a su jefe. De quien se quejaba todas las tardes, sin reconocerlo, en realidad. Él no había vivido nunca una cuarentena, pero le daba igual.

A las pocas horas recibió él una llamada. Era su jefe. «Gómez, es usted un elemento valioso de la empresa. Creo que ha tomado las cosas muy a la ligera. Estaba pensando, ¿por qué no descansa usted estos días? Después hablamos del aumento que le tengo preparado, y de un préstamo que le puedo ofrecer».

4.

Cuando rentó por adelantado su departamento en la ciudad, nunca pensó ella que le tocaría vivir una cuarentena, llena de estrés, desesperación y ansias por salir a pasear al exterior. Desde hace unos meses, su gato Platón y su perro Picasso son su única compañía y su única ilusión. Antes iba a galerías y fiestas. Ahora sale acaso para comprar la despensa. Hace home office, y se comunica con su equipo de trabajo vía Zoom. Pero ese es todo el contacto que tiene con el new world. Si a eso se le llama mundo, piensa a menudo cuando observa la pantalla Samsung de 40 pulgadas que su papá le regaló.

Hace unas semanas terminó ella su relación con Mateo por videollamada, porque ya nada era como antes, según esto y según aquello. Demasiado compromiso. Desde entonces, se ha limitado de hablar con otras personas vía Facebook y WhatsApp. Ha dejado su teléfono y su computadora ahí en el rincón, dónde guarda su diario, convencida de que le quitan el tiempo. Tiempo que puede por fin usar para hacer algo productivo. En las redes sociales la acosan con eso. Todo mundo dice que esta cuarentena está para desarrollar proyectos creativos, leer un libro, pintar la casa, y quien sabe cuántas más cosas descabelladas. Como si la creatividad llegase así, a los que no son Shakespeare ni Foucault.

En realidad, ella no quiere hacer nada de eso, cavila. Tan sólo desea recostarse en la cama, sin abrir la ventana ni la cortina, acompañada de una copa de vino o una Heineken de 355 mililitros y pensar en la nada. Descansar, solamente. Dejarse llevar por ese blow out. Sueña ella con olvidar un par de días toda su agenda, estirar sus pies entre la colcha, dejar los trabajos pendientes y resistir la cuarentena de un modo amigable, escuchando música nueva en YouTube, mirando películas noventeras llenas de morbo, y sacudiéndose de placer al llevar sus palmas sobre sus pieles rosas a cualquier hora, con cualquier sabor.

La última semana estuvo ella en pijama, atendiendo sólo las videoconferencias del trabajo y unas tareas de la escuela con ayuda de Google Classroom. Ésta, sin embargo, desea pasarla en ropa interior, entreviendo la modernidad a través de MTV o de comerciales snobs. O algo por el estilo. Al observar desde su ventana los edificios contiguos y las desiertas calles, incluso ha meditado en deambular desnuda o descalza, por lo menos en la noche, entre las brumas oscuras de un país que no la conoce ni sabe que existe. Ha llegado a cavilar, incluso, en que su cámara fotográfica Canon EOS Rebel podría ayudarle a hacerse nudes de excelsa producción, con un efecto de azules y grises.

Ayer por la tarde, ella se lamentó de que su departamento tuviese tan pocos muebles. O que el internet funcionase muy lento. Apenas se conectó a Instagram desde su iPhone para ver las novedades y subir una historia que diseñó en Illustrator, le llegó un largo mensaje con disculpas por parte de Mateo y también otro de una chica que le expresaba toda su admiración. Con ese bagaje y ese sentimiento, se tomó una foto ante el espejo, sonriente, y se preguntó a quién debía enviársela y a quien no. Creyó que debía hacerlo. Sentía esa extraña necesidad. Pero no sucedió.

Esa misma tarde —o quizás otra—, mientras pensaba qué de eso creativo podía hacer, admiró el feed de su Twitter plagado de frases glamourosas y efímeras. Horas después, apareció una de sus preocupaciones —la más profunda—. La que sucede

cuando mira la pantalla de la Macbook Air y siente una normalidad apabullante. Cuando eso pasa, ella medita demasiado y asiente con sus brazos cruzados: una fragilidad espantosa, parecida a la depresión o a la incertidumbre.

Aterrada por la idea de que, cuando acabe la pandemia, todo al interior seguirá siendo exactamente como era antes, tan despersonalizado, tan exiguo, tan triste y desgarrador, porque no ha hecho algo realmente creativo o productivo durante esos días, se siente ausente de sí misma. Duda por primera vez en su vida de su propia personalidad. Motivada por ello, instaló Tinder en su teléfono celular que rescató del rincón. Y su única preocupación durante esa semana fue saber que tan interesantes eran las conversaciones con extranjeros, si hablaban de filosofía o de canciones de reggaetón. O tal vez de economía, se dijo, mientras se acostaba desnuda, lista para llevar sus dedos húmedos por todos los aires y analizar si debía hacer sexting con sus amigos o tal vez no.

Y entonces, sin más, escribió como pie de foto en una publicación en alguna red social: «Aburrida #QuédateEnCasa».

5.

Los primeros días de cuarentena fueron emotivos y risueños, pero los últimos han resultado aterradores, piensa María, pues han sacudido distintas cosas, por lo menos en su interior, por no decir su razón y su entrega. Desde la noticia de que su abuela y su vecino han muerto a causa del COVID-19, su familia se reúne toda la semana a las siete de la noche a través de Cisco Webex. A partir de las siete, también, su palpitar se acelera o se detiene, al recordar los sabios consejos que recibió del abuelo —quien desesperanzado se refugia en casa, acorazado por el poder del alcohol que guardó para fechas como esta: desgarradoras y teatrales.

De esos recuerdos que suceden en su cabeza, está uno de cuando su abuelo la acompañó a Plaza Satélite a comprarse una mochila para la secundaria. Ella quería una mochila bandolera pequeña, en cuyo interior cupieran apenas un par de cuadernos y una lapicera con sus plumones de color. Pero, su abuelo insistió en comprar un bolso más grande —uno en el que pudiera transportarse una botella de vodka o su uniforme completo para cuando se fuera de pinta—. Claro, le recordó que debía tener buenas notas, para no dar indicios de su poca inocencia. No obstante, nunca fue preocupación de María Montaner.

Después de la cena de ayer, María meditó, entonces, en su tarea y en el proyecto de tesis que debió entregar antes de la cuarentena, cuando la normalidad la absorbía de alguna u otra manera. Eventualmente, al pensar en su abuelo y la incertidumbre de su estado, ella suspiró como no había hecho nunca. Llegó a entrever sus notas con cierta nostalgia y cierto desafuero. De cualquier forma, no importa, se dijo tras respirar muy profundo y ver su reflejo en la televisión apagada. Hay cosas que muestran su peso ahora; son más importantes que enviar un archivo vía Gmail.

Últimamente, cuando es hora del desayuno, su madre y ella hablan en torno a la existencia del hombre, de Camus y de Rulfo, de los sueños y de planear viajes a Tlaxcala cuando acabe la contingencia. Como si al construir palabras sus terrores pudieran desvanecerse, esfumarse, ser remplazados por bromas espontáneas que no hacen más que evidenciar el horror de sus tiernos corazones. Mientras comen sus hot cakes repletos de mermelada de piña, tratan de no tocar el tema de la abuela, quien se fue como un dato más en una vida plagada de dudas y automatismos. Al terminar, por el contrario, sólo se critican mutuamente, dirimiendo la convivencia sana y respetuosa.

Al cavilar en la posibilidad de desaparecer y no decirle a su ex novio cuanto lo amaba, de pronto pasó por su cabeza la ocasión en que su abuelo le regaló un smartphone y dos mil pesos previo a entrar a la universidad. Con ese dinero pudo ir con sus amigos de vacaciones a Apatzingán y San Luis Potosí. Rememoró ella con orgullo aquel dichoso teléfono —que le robaron un día en el transporte público—, y al hacerlo derramó un par de lágrimas en la mesa de cristal de su estancia, dónde intentaba dibujar. Atisbó sin querer las escaleras de su casa, admirando las losetas faltantes y las imperfecciones que fácilmente pudieron resanar.

Apagó ella la radio y dejó en la mesa su teléfono blanco tras un par de horas. Pareciera que el único tema a la vista era la pandemia, y acaso un par de comentarios de su padrastro —amante del Real Betis— que piensa en mirar un partido del FIFA narrado por Ibai y Manolo Lama en la web. Nadie habla de la abuela ni del abuelo.

Mucho menos del vecino, quien fuera camillero en un hospital de la urbe y dejase a dos niños de preescolar sin un padre. Todos hablan de los médicos, pero nadie de los muertos, que se van en silencio, sin música, sin ademanes. Que mueren cremados, vaciados de su esencia, sin acompañamiento, sin duelo, sin tradición ni llantos grupales. Lo único que se dice de ellos es que fallecieron a causa de una enfermedad poco creíble, ante la cual quizás ahora si hay que cuidarse.

Al reflexionar sobre todo ello esta mañana, concluyó María, más indiferente que triste —tal vez decepcionada—, en que la vida se le había ido y no había hecho más que cumplir con la escuela y asistir a fiestas juveniles. Su abuela fue contadora, meditó entretanto leía un artículo de Houellebecq y apreciaba la alacena que construyó su padre biológico. Puede que no escuchase el teléfono sonar por preguntarse si estaba en la carrera correcta, con las personas idóneas; si sus sueños iban por donde ella deambulaba o a veces sonreía. Su madre pensaba que ella habría sido una muy buena abogada. Tal vez con un proyecto de vida más acertado, en el que trabajase en la firma de su abuelo, quien fue ingresado al hospital tras la segunda o quizás la tercera llamada.

6.

Cansados de mirar las mismas tres series en Netflix y de leer el resumen de *La felicidad paradójica* y *La insoportable levedad del ser* en internet, ambos optaron por ir a hacer compras al supermercado. Rápidamente se colocaron los cubrebocas y se pusieron una gorra roja, además de apretarse bien el Casio G-Shock en la muñeca y sonreír otra vez. Durante el viaje todo fue hartazgo y aburrimiento, hasta que entrevistaron un anuncio espectacular promocionando un 2x1 en artículos de línea blanca. Entonces, sin prevenirlo, hablaron de cambiar el microondas o quizás comprar una lavadora de mayor capacidad luego del COVID-19.

Tras unas compras limitadas y unos gestos pesados, llegaron a casa. Estacionaron el automóvil frente al portón entreabierto y se sorprendieron de no haberlo cerrado o de no haberlo pintado ya después de tantos años. Aún con las bolsas en mano, se reclamaron mutuamente por ese despiste y luego lo dejaron de lado. Charlaron en torno a los gritos orgásmicos de su vecina que tuvo sexo con su amante, entre pequeñas risas. Eventualmente, la mujer entró por delante. Y el hombre, que entreveía el horizonte de la calle con mucha duda, prefirió observar sus piernas gruesas al caminar, imaginándose las veces que pudo apretarlas, acariciarlas. O de las veces que la recuerda gimiendo con una lentitud próxima a lo eterno.

Asustada por encontrar y reconocer, asimismo, la ventana del interior abierta —que ella recuerda haber cerrado—, le advirtió a su novio que alguien se había metido con seguridad a la casa esa tarde. Él se dirigió a la puerta con mucha prisa, impactado. Abrió con sigilo. Encendió la luz de la estancia y apreció los muebles movidos, los cajones aventados y su gato Godínez bajo una de las sillas negras del comedor, junto a unos papeles mojados y una bola marrón de estambre que nada decía pero que igual era importante.

Dejaron las bolsas en la barra de fierro, sin meter al refrigerador el queso y la cerveza, y subieron a la recámara, dónde los burós, intactos, se acometían de polvo; pero dónde la cama se encontraba desordenada y los cajones de la cómoda habían roto el piso nuevo de loseta cerámica. Algo se dijeron con un impotente sosiego, seguido de un jadeo que se perdió en el exterior. No supieron nunca como sucedió aquello. Desconocieron en ese instante todo lo de valor que ambos guardaban, intentando llevar a su memoria la noche anterior donde durmieron más temprano que otras veces. Fugazmente, tras evaluar los daños, tirando al paso una ligera lágrima, ella se sentó al borde de la cama, despeinada, desesperada. Suspiró, y en el acto ella lo abrazó, cavilando en la última canción en español que escuchó.

Luego de recibir aquel abrazo, pudo él apreciar a la distancia su jersey de la selección mexicana melancólicamente, al igual que la cortina desplegada contigua a una de sus fotos. Ella creyó ver el diario de unas vacaciones juntos bajo el closet, de cuando apenas salían y de cuando se acostaron en la playa. Echó una carcajada inocente al recordarlo con sus pantalones azules y sus camisas de puntitos rojos y rosas —de cuando sus ojos les brillaban—. Durante ese lapso, se observaron fijamente. Con una clase de encanto, de esos que suceden cuando la adrenalina sube y el cuerpo se siente indefenso como solemne. Se besaron con una pausa de esas... y, entonces, sin prevenirlo, se desvistieron a prisas esperanzadas.

Él colocó una de sus palmas en su cuello en tanto se besaban con tierna soltura, previo al arrebató. Ágilmente se trenzaron, se atraparon. Se preparaban ambos para usurear bajo su ropa interior y engullir las partes más húmedas, más sensibles, las que flotan y se expanden, o piden compartirse. Sin pensarlo mucho, él la cargó por un instante, husmeó en la espesura de sus pechos y la hendidura de sus clavículas agudas. Ella, en cambio, jadeaba para sus adentros, emocionada, risueña, llena de un vacío complejo, acotado por el lamento del ayer, esperando no sollozar al cavilar en sus joyas o en su privacidad atravesada. Entretanto él apretaba sus glúteos y degustaba de pasear sobre su vientre con sus densas manos al hincarse para admirarla, olerla, probarla; ella meditó en el significado de la libertad o de eso a lo que llamaban conciencia salvaje. Pronto gimió con gran fuerza y olvidó que habían irrumpido en su casa hacía un rato.

De manera precipitada, ambos se volcaron hacía la cama, donde ella lo apartó para posarse en él después de deglutir aquella poblada masculinidad excitada. Ambos se callaron. Sus sudores se mezclaron. Luego de otearlo deambular por un efímero sueño, sonrió ella con espantosa ligereza, con una íntima perversidad. Lo golpeó en la cara. Movié sus cabellos. Cerró su puño y sus ojos, pensó en la hosca liquidez que transitaba entre sus caderas y bajo sus narices. Bailó sobre esos muros cálidos, punzando con sus manos esos hombros iracundos. Y por unos minutos introdujo un dedo en su boca que pedía, a aullidos, un desenlace más sensual, más plagado de un cariño terrorífico.

Puso sus rodillas en una almohada humeante, casi blanca. Posteriormente, estiró sus brazos con una nostálgica enigmática, cuasi ubicua. De inmediato, reflexionó en sus secretos y en la pasión de sus quehaceres. Una o dos nalgadas acontecieron, sin preámbulo, sin aviso. Sólo el eco de aquel sonido tosco y oscuro y la marca de un símbolo inscrito en la roja piel evanescente. Sucia, puerca, puta, le dijo él mientras mimaba el sendero de su espalda hasta el hueco de su abismo. Otro golpe recibió en sus curiosas cicatrices. Entrevió él el lunar de su tobillo, que rozó antes de abrirse paso entre sus flujos afectivos. Ella gimió y le exhortó a decirle que la amaba. Le dijo que lo odiaba.

Por un impetuoso lapso, ambos se torcieron, intercambiaron sus penas y fatigaciones. Intercambiaron posiciones, gustos, terrores, aflicciones. Ambos discurrieron en lo violento de sus deseos y sus ideas, sobre todo profundas, eróticas y fantasmales. Puso ella sus pies sobre otras pieles y, entonces, sin querer, jadearon con una holgura irrepitable y apretaron contra las colchas exhumando sus demonios. Terminaron ellos, extenuantes, luego de haber ingerido —y catado— perfumes incorpóreos de sus pedazos diferentes. Se vistieron en pijama. O con aquellas playeras viejas que alguna vez fueron de gala. A bocajarro se miraron y de nuevo comenzaron el ritual que va desde los músculos rítmicos hasta los chillidos contenidos, pasando por el tacto que ahorca, que aprisiona, que da vida toda vez que quita el aire.

7.

Recién se enteró que su madre había muerto por coronavirus el martes anterior y que sus restos fueron cremados, sin mucha pena. Había ingresado ella al hospital apenas el domingo por una complicación respiratoria. Ninguno de sus hermanos le avisó de ello para no interrumpir con su rutina tan escandalosa y abatida, medianamente deprimida. Él tiene ahora un puesto administrativo en una dependencia gubernamental donde hace gestiones, pero hace no mucho intentó aventarse de un puente peatonal en Coyuya, luego de que su esposa falleciera en un accidente automovilístico el año pasado.

Contrario a aquella vez, la noticia de su madre le pareció, en cierta medida, una liberación incólume. Su madre enfrentaba ya algunos problemas cardíacos y caminaba con un esfuerzo inconmensurable, de modo que su pérdida podría considerarse una especie de paz universal o un respiro divino. Sus últimos meses habían sido realmente fatídicos: sin cocinar, sin ver el exterior, condenada a admirar series y películas en internet desde su cama que sólo alimentaban su deseo de salir y platicar con sus nietos. Dos enfermeras le asistían las veinticuatro horas y las condiciones le impedían residir en su pueblo de origen, donde la contaminación apenas se conoce.

Al cambiarse de asiento, intuyó Rolando Martínez, de pronto, que su madre debió afrontar la pandemia de un modo bastante perspicaz pero también limitado. Posiblemente como si todo fuera tan normal y desinteresado. Desde que le diagnosticaron aquel trastorno de coordinación sin aparente causa, ella vivía ya en una cuarentena perpetua, casi ensimismada o maldita, se dijo. Acaso salía ella de casa dos o tres veces al año, con mucha suerte, si alguna de sus tres nueras la invitaba a vacacionar en algún lado. Que lastima por ella, mencionó al aire de nuevo, con un presente de recuerdos que se esparcían por doquier. En eso pensaba él mientras iba camino al trabajo en el Metrobús, observando los rostros familiares de todos los pasajeros, cuyas miradas construían un terror invisible y desnudaban sus deseos más negros.

Al bajar en una de las estaciones cercanas a su trabajo, él se miró fijamente en el reflejo de un taxi. Se veía demacrado, cansado, triste, estresado. Quizás la noticia de su madre al final le habría afectado, pues la semana había dejado de tener colores naranjas y verdes. Él no se sentía deprimido o pesaroso, sin embargo, si bastante harto de la vida y de las charlas absurdas de la televisión. Continuó caminando. Entretanto, se acomodó su saco y su cubrebocas negro. Sonrió frente al policía que evaluaba su temperatura y arrastró sus pies sobre la alfombra sanitizante. Ya en su cubículo, oteó en Facebook la fotografía de un viaje a Teotihuacan de cuando era niño. Ahí, su madre, quien fuera excelente comerciante, reía con una asombrosa tranquilidad. No había sido ella una mujer alegre ni mucho menos. Pero, aquella imagen había capturado una esencia particular, de la que él se sentía demasiado ajeno.

Luego de algunos minutos haciendo llamadas a un par de oficinas municipales, volvió su pensar hacia su madre Dorotea. La había visto la semana pasada por su cumpleaños número cincuenta y cinco. Sus hermanos habían organizado una reunión pequeña para celebrarla. No fue algo ciertamente glamouroso. Sólo una comida efímera alrededor del comedor, un par de chismes sobre la tía del gabacho y una película en familia que no pudieron disfrutar por el ruido de la lluvia. No dejó de cavilar

en eso. Ni siquiera sentía pasión al trabajar. Al observar el ordenador, recordó la vez que su madre lo encontró por accidente en casa de una vecina y suspiró al interpretar que la vida antes solía ser fenomenal.

No sin antes responder a sus compañeros con un controversial —y espantoso— chiste sobre la pandemia, cuando estos le preguntaron por su estado de ánimo, Rolando Martínez les contó de la ocasión en que robó unas cervezas de un centro comercial cuando tenía dieciocho años. Hace meses que él no bebe, no obstante, el pundonor de esa historia le ayudaba a ignorar sus emociones y a evadir la realidad. No quería decirles a ellos que algo sucedía en su cabeza. Habían sido días fútiles esos últimos y tal vez nada lograba transformar su postura decaída. Al llevar a su memoria aquella aventura, pudo rememorar la vez en que su madre le compró su primera consola de videojuegos después de vender su Tsuru tan querido.

Tras indagar en su magín, se lamentó a bocajarro por no llorar con la noticia. Se enteró de la muerte de su madre quizás por casualidad. Un familiar le habría llamado para expresarle sus condolencias y ofrecerse a pagar algunos de los gastos imprevistos, y también, tal vez, para analizar la situación en la que se encontraban en las lejanías. Supo él ahí que la velaron virtualmente, que incluso hubo una campaña en redes sociales para recordar anécdotas de ella. Mucha gente la apreciaba. Fue muy querida en Iztapalapa, pues refugió a muchos jóvenes ofreciéndoles siempre un plato de comida y unos cuantos pesos para estudiar. Probablemente en condiciones normales gran cantidad de personas iría a verla, a charlar de sus ayerés, caviló entretanto su jefe le decía: «¿Te imaginas, Rolando, si alguien enfermo o con alguien cercano en el hospital viniera a laborar en estas condiciones? Barbaridad enorme, ¿no te parece?».

No era la primera vez que su jefe conversaba sobre aspectos sociales. A él usualmente no le interesaban mucho. Procuraba mantenerse alejado del debate. Lo suyo era trabajar y en eso era eficiente. Laboró incluso al siguiente día de la muerte de su esposa, aun cuando todos en la oficina le exhortaron a descansar. Con toda seguridad, él había llevado su vida con una disciplina exagerada para un mexicano o quizás bastante natural. Él se levantaba todas las mañanas pensando en los deberes y en la riqueza de un viaje en el transporte público, esperando no encontrarse con algo extraordinario. Eso le había enseñado su madre con un amor y un dolor a veces bastante serio.

8.

Soñaba con ser autora de un libro, recordaba ella, al echarse con tristeza a la cama, pensando en el tiempo y en Saturno, en su perro 'Giancarlo' y en su ex novio de la preparatoria. Transcurrían los segundos con enorme nostalgia, sin mucha pena. Por un largo rato, ella meditó sobre sus ojos, sobre su mirada tierna. Había soñado con habitar la literatura desde hace ya unos años, precisaba, serena, rota, incompleta. Pensaba en ello, sin cavilar mucho en el ruido de fuera.

Había tocado sus labios, sacudido su memoria, mientras daba un respiro largo, muy largo, más largo cada vez. Atisbaba ella el techo ocre de su recámara, al que seguramente el antiguo inquilino también miró con desdén.

Según recordaba ella entre viejos pasajes, escribir un libro fue siempre su deseo... desde la infancia. Uno que descubrió con toda naturalidad, o por accidente. Como cuando uno descubre su propia identidad entre la espesa sombra de un bosque. Eso solía responder cuando le preguntaban que quería ser de grande. Aún en esos tiempos donde los años pasaban muy lentamente. En realidad, nunca creyó ella en ese tipo de magias incansables, como ser princesa, ser ama de casa, mucho menos en profesiones vagas como ser abogada o modelo. Desde la infancia, se imaginó viajando por el mundo, se imaginó riendo en compañía de alguien. Siempre fue un tanto realista, sencilla, solía decirse, aunque esa realidad que ella imaginaba también resultara casi imposible, fuera de contexto. Era de pronto irónico haber soñado toda la vida con escribir un libro, pero no haberlo escrito todavía. Irónico, en cierta medida, porque ella solía escribirlo en su cabeza, toda vez que ignoraba el pasar anacrónico de la vida.

Durante la adolescencia, claro, ella escribió algunos poemas, de desamor, sobre todo, o de pesadillas livianas: el futuro, el capitalismo. Algún que otro cuento sobre enamorados y otro par en torno a los niños de la calle, en cuyos ojos solía reconocerse todos los días. Sin embargo, por alguna extraña razón nunca comenzó a escribir ese dichoso libro, ni una sola frase ni una atmósfera. Quizás no había comenzado por su constante cansancio; no disponía de las horas suficientes, pues trabajaba y estudiaba, y sufría las inclemencias de la modernidad, con sus intrépidos vaivenes. No sabía siquiera de que hablar en un texto. ¿Sería conveniente una novela, un poemario? ¿Quizás una tesis? ¿O sólo de pensar en ello la idea se esfumaba? Suspiró. Suspiró al plantearse esas preguntas. Estaba dolida. Su mente voló al reconocerse, se deshizo. Entretanto, echaba ella un vistazo a la ventana y miraba a las personas pasear en cámara lenta. Como si viera sus pensamientos salir de la habitación.

Continuó cavilando ella en eso. Y, tras unos instantes, se anudó los cabellos y posó sus palmas sobre sus pómulos. Nunca se dio cuenta que cambió la hora en su reloj de muñeca negro. Ni siquiera se había quitado sus tenis blancos ni su suéter beige. Sólo pensaba: ¿de que hablaría el libro? ¿De amor, de tristeza? ¿De desidia? ¿Acaso debería indagar en sí misma?

Había dado ella una pausa corta para por fin desprenderse del calzado, quitarse el suéter que su ex novio le regaló hacía un par de Navidades; y de nuevo recostarse en la cama, bocarriba. Al deambular por allí en modo automático, sonrió para sus

adentros. Se veía espontánea. Los cabellos alborotados, la blusa arrugada, sus manos frías.

Soñaba ella también con ganar un Nobel algún día, recordaba, al reconocer por fin que era de noche. Por lo menos, se dijo, fue su sueño de pequeña. Aunque bien no sabía que significaba eso, ella lo recordó, con cierta premura, casi queriendo volver a ser esa niña que se refugiaba en los brazos de su madre. Sopesaba sus latidos al pensar en el pasado. Palpó ella su pecho. Hizo otro suspiro, esta vez corto, antes de ponerse contra la almohada y cerrar los ojos, entre pequeñas lágrimas de miedo, de duda, de arrepentimiento.

Mientras contenía su llanto, y viajaba a otros lugares, había indagado en su memoria durante un largo lapso, sin hallar en sus recuerdos muchos autores o muchos títulos. Era probable que no recordara ella lo que había desayunado por la mañana, o si lo había hecho. El estrés habitaba en su cabeza, con una mezcla de presión y pesadumbre, cuya fuerza a ratos la carcomía y otras, en cambio, dónde sólo le inyectaban adrenalina.

Soñaba ella con tener un refugio propio, por ejemplo, dejar de ser forastera de la vida, rentando casas por todos lados, sin nunca echar raíces. Alguna vez llegó a soñar con alguien que la cobijase, una presencia inexacta que le dijese, con todo y canciones, que era la mujer más hermosa del planeta. Aquella alma le diría, en algún momento, que algún día aparecería su imagen en una portada de revista, con su nombre, con su sonrisa. Soñaba ella con eso, fantaseaba con esas historias. Y sonreía al construir narrativas vagas, dónde ella era protagonista de enamoradizos encuentros. Quizás de eso hablase el libro, se dijo, en silencio; hablaría del amor que esperaba ansiosa, de la vida que se le estaba yendo.

Por fin se quitó ella la blusa para estar cómoda. Y en ese instante, recordó que la habían corrido de su empleo. La empresa en la que trabajaba estaba en quiebra a causa de la pandemia. Y aún debía la renta de febrero.

9.

De pronto quiso escribir algo durante la cuarentena, pero cuando se dio cuenta ya había acabado.